

podridas, á causa de la costumbre que tenía la señorita Cadot de dar siempre en los postres las más viejas; que se ignoraba el goce del pan fresco y que se observaban los ayunos prescritos por la Iglesia. El jardinero estaba racionado como un soldado y era vigilado constantemente por aquella vieja doméstica, la cual gozaba de tanta deferencia, que comía con sus amos, no obstante verse obligada á trotar continuamente desde el comedor á la cocina. El matrimonio de José Blondet con la señorita Blandureau había quedado sometido, por los padres de esta heredera, al nombramiento de aquel pobre abogado sin pleitos para la plaza de juez suplente. En su deseo de hacer á su hijo capaz de desempeñar sus funciones, el padre se mataba dándole lecciones para hacer de él un rutinario. El hijo pasaba casi todas las noches en casa de su pretendida, donde Fabián de Ronceret había sido admitido desde su vuelta á París sin que el viejo ni el joven Blondet concibiesen el menor temor. Los principios económicos que presidían aquella vida mesurada con una exactitud digna del Pesador de Oro de Gerardo Dow, donde no entraba un grano de sal más y donde no se olvidaba nada aprovechable, cedía sin embargo ante las exigencias del invernadero y de la jardinería. El jardín era la locura del señor, según decía la señorita Cadot, que no consideraba su ciego amor por José como una locura, pues respecto á este punto participaba por aquel muchacho de la misma predilección que el padre: le miraba, le alababa y hubiera querido ver empleado en él el dinero invertido en la horticultura. Aquel jardín, maravillosamente cuidado por un solo jardinero, tenía calles enarenadas con arena de río, rastrilladas sin cesar y á cada lado de las calles, platabandas llenas de las flores más raras. Allí todos los perfumes, todos los colores, millares de tiestos puestos al sol, lagartijas en las paredes, azadillas, arados, en fin, el conjunto de las cosas inocentes y de las producciones graciosas, que justifican esa encantadora pasión. Al extremo de su invernadero, el juez había hecho un vasto anfiteatro en cuyas gradas se veían cinco ó seis mil tiestos de *pelargonium*, magnífica y célebre asamblea que era visitada en la época del florecimiento por gentes de la villa y de los alrededores. Al pasar por aquella villa la emperatriz María Luisa, honró con su visita aquel curioso invernadero, y le sorprendió tanto el espectáculo que habló de él al emperador, y éste le concedió una cruz. Como el

sabio horticultor no frecuentaba más sociedad que la de la casa Blandureau, ignoraba los pasos hechos á la sordina por el presidente, y los que habían podido adivinar las intenciones de Ronceret, le tenían demasiado para ir á avisar á los inofensivos Blondet.

Respecto al joven Michú, poderosamente protegido, se ocupaba mucho más de agradar á las mujeres de la clase más elevada, donde había sido admitido por recomendación de la familia Cinq-Cygne, que de los asuntos excesivamente insignificantes de una audiencia de provincias. Dueño de unos doce mil francos de renta, era cortejado por las madres y hacía una vida de placer. Asistía al tribunal por deber, como hacen los colegiales en el colegio, y aunque tenía opiniones propias, decía á todo:

—Sí, querido presidente.

Sin embargo, bajo aquel aparente abandono, ocultaba el espíritu superior de un hombre que había estudiado en París y que se había distinguido como substituto. Acostumbrado á tratar ampliamente todos los asuntos, hacía con gran rapidez lo que al viejo Blondet y al presidente les costaba mucho tiempo, y á veces hasta llegaba á resumirles cuestiones difíciles de resolver. En las circunstancias delicadas, el presidente y el vicepresidente consultaban á su juez suplente, le confiaban las deliberaciones espinosas y se quedaban maravillados siempre de la prontitud con que realizaba trabajos á los que ningún reparo podía poner el anciano Blondet. Protegido por la aristocracia más rancia, joven y rico, el juez suplente vivía alejado de las intrigas y de las pequeñeces del departamento. Indispensable en todas las jiras campestres, saltaba con las jóvenes, cortejaba á las madres, bailaba y jugaba como un financiero. En fin, que desempeñaba á las mil maravillas su papel de magistrado distinguido, sin comprometer sin embargo su dignidad, y poniéndola, por el contrario, de manifiesto en las ocasiones oportunas, como hombre de talento. Tenía infinitas simpatías por la manera franca como había adoptado las costumbres provincianas sin criticarlas, así es que todo el mundo se esforzaba por hacerle soportable el tiempo de su destierro.

El fiscal de Su Majestad, magistrado de gran talento pero sumido en la alta política, imponía al presidente, tanto, que á no ser por su ausencia el asunto de Victoriano no hubiera tenido lugar. Su destreza, su costumbre de los negocios, lo

hubiera previsto todo. El presidente y Croisier habían aprovechado su estancia en la Cámara de diputados, en la cual era uno de los oradores adictos más notables, para urdir sus tramas, calculando con infalible habilidad que una vez que el asunto estuviera en manos de la justicia y se hubiera hecho público, ya no tenía remedio. En efecto, en aquella época ningún tribunal de audiencia hubiese acogido sin un largo examen una denuncia por falsificación contra el hijo mayor de una de las familias más nobles del reino. En semejante circunstancia, los magistrados, de acuerdo con el poder, hubieran intentado mil transacciones para no dar curso á una querrela que podía enviar á galeras á un joven imprudente, y tal vez hubiesen obrado lo mismo con una familia liberal considerada, á no ser que fuese abiertamente enemiga del trono y del altar. La admisión de la denuncia de Croisier y el arresto del joven conde no habían sido, pues, cosa fácil. He aquí como se habían arreglado el presidente y Croisier para lograr sus fines.

El señor Sauvager, joven abogado realista llegado al grado judicial de primer substituto á fuerza de servilismo ministerial, reinaba en la audiencia en ausencia de su jefe, y de él dependía, por lo tanto, la admisión de la queja de Croisier. Sauvager, hombre insignificante y sin ninguna clase de fortuna, vivía de su destino; de modo que el Poder podía contar por completo con un hombre que lo esperaba todo de él. El presidente explotó esta situación. Tan pronto como el documento acusado de falso estuvo en manos de Croisier, la señora del presidente Ronceret, instada por su marido, tuvo una larga conversación con el señor Sauvager, al que hizo notar lo muy insegura que era la carrera de la magistratura, toda vez que un capricho ministerial ó una sola falta mataba el porvenir de un hombre.

—Sea usted hombre de conciencia y sentencie contra el Poder cuando sea culpable, y está usted perdido. Puede usted aprovecharse en este momento de su posición para hacer un buen matrimonio que le ponga al abrigo para siempre de todo riesgo, procurándose una fortuna por medio de la cual podrá usted asegurarse en la magistratura. La ocasión es hermosa. El señor Croisier no tendrá nunca hijos; todo el mundo sabe por qué; su fortuna y la de su mujer irán á parar á su sobrina, la señorita Duval. El señor Duval es un herrero cuya bolsa tiene ya algún volumen, y su padre, que

vive aún, tiene bienes. El padre y el hijo tienen los dos un millón, y lo duplicarán ayudados por Croisier, que se mete ahora en la alta banca y en los negocios industriales de París. Los señores Duval dan á su hija al hombre que sea presentado por su tío Croisier, en consideración á las dos fortunas que dejará á su sobrina, pues Croisier hará sin duda mejorar en el contrato á la señorita Duval con toda la fortuna de su mujer, que no tiene herederos. Usted ya conoce el odio de Croisier á los Esgrignon; sírvale, sea su ayuda, dé curso á una denuncia de falsificación que le presentará contra el conde de Esgrignon y persiga usted á éste inmediatamente, sin consultar al fiscal de Su Majestad. Luego ya no tiene usted más que rogar á Dios porque el ministro le destituya por haber sido magistrado imparcial en contra del Gobierno, y su fortuna está hecha. Tendrá usted una mujer encantadora y una dote de treinta mil francos, sin contar cuatro millones de esperanza dentro de una docena de años.

En dos veladas el primer substituto quedó conquistado. El presidente y el señor Sauvager habían mantenido la cosa en secreto para el viejo juez, para el juez suplente y para el segundo substituto. Seguro de la imparcialidad de Blondet en presencia de los hechos, el presidente tenía mayoría, sin contar á Camusot. Pero todo faltó por la retirada imprevista del juez de instrucción. El presidente quería un juicio de acusación antes de que el fiscal supiese nada. ¿No le avisarían Camusot ó el segundo substituto?

Ahora, explicando la vida interior del juez Camusot, tal vez se comprendan las razones que permitían á Chesnel considerar á este joven magistrado como partidario de los Esgrignon, atreviéndose hasta á sobornarle en plena calle. Camusot, hijo de la primera mujer de un ilustre comerciante en sedas de la calle de Bourdonnais, había sido destinado á la magistratura. Al casarse con su mujer, conquistó la protección de un alguacil del gabinete del rey, protección oculta, pero eficaz, que le había valido ya su nombramiento de juez y, más tarde, el de juez de instrucción. Su padre no le había dado al casarle más que seis mil francos de renta, fortuna ésta de su difunta madre, deducción hecha de su parte como esposo, y, como la señorita Thirion no le había llevado más que veinte mil francos de dote, este matrimonio conocía las desgracias de una pobreza oculta, pues el sueldo de un juez en provincias no pasa de mil quinientos francos. Sin em-

bargo, los jueces de instrucción tienen un suplemento de mil francos á razón de los gastos y de los trabajos extraordinarios de sus funciones. A pesar de las fatigas que dan estas plazas, son bastante deseadas, pero son revocables; así es que la señora Camusot acababa de reñir á su marido por haberle descubierto sus intenciones al presidente. María Cecilia Amelia Thirion, después de tres años de matrimonio, había notado la bendición de Dios, mediante la regularidad de dos partos felices, una niña y un niño; pero suplicaba á Dios que no la bendijese tanto. Algunas bendiciones más, y sus apuros pecuniarios se convertirían en miseria. La fortuna del señor Camusot padre, tenía trazas de hacerse esperar mucho tiempo. Por otra parte, aquella rica herencia no podría dar más que ocho ó diez mil francos de renta á los hijos del negociante, que eran cuatro y habidos en dos matrimonios. Además, cuando se realizasen las esperanzas ¿no tendría el juez hijos á quienes establecer? Todo el mundo conocía, pues, la situación de una mujercita llena de buen juicio y de resolución, como era la señora Camusot, la cual había sentido demasiado la importancia de un mal paso dado por su marido en su carrera, para no mezclarse en asuntos judiciales.

Hija única de un antiguo servidor del rey Luis XVIII, un ayuda de cámara que le había seguido á Italia, á Curlanda y á Inglaterra y á quien el rey había recompensado con la única plaza que pudo llenar, la de ujier de su gabinete, Amelia había recibido en su casa como un reflejo de la corte. Thirion le describía los grandes señores, los ministros y los personajes á quienes anunciaba é introducía, viéndolos pasar y repasar. Educada como á la puerta de las Tullerías, esta joven había, pues, tomado un baño de las máximas que allí se practican y había adoptado el dogma de la obediencia absoluta al poder. Así es que había juzgado sabiamente poniéndose de parte de los Esgrignon, pues su marido complacería á la señora duquesa de Maufrigneuse, ó sea á dos poderosas familias en las que su padre se apoyaría en un momento oportuno, aprovechando su influencia con el rey. A la primera ocasión, Camusot podía ser nombrado juez de París mismo. Este ascenso soñado, deseado á cada momento, debía aportar seis mil francos de sueldo, las dulzuras de un hospedaje en casa de su padre ó de los Camusot y todas las ventajas de las dos fortunas paternas. Si el adagio: *ojos que no*

ven corazón que no siente es cierto para la mayor parte de las mujeres, es sobre todo cierto en cuestión de sentimientos de familia y de protecciones ministeriales ó reales. En todo tiempo las gentes que sirven personalmente á los reyes han hecho su agosto; siempre se interesa uno por un hombre cuando le ve todos los días, aunque este hombre sea un criado.

La señora Camusot, que se consideraba como de paso, había tomado una casita en la calle del Cygne. La villa no es bastante concurrida para que se ejerza en ella la industria de las habitaciones amuebladas. Por otra parte, este matrimonio no era bastante rico para vivir en una fonda como el señor Michú. La parisiense se había visto obligada, pues, á aceptar los muebles del país. La modicidad de sus rentas la había obligado á tomar aquella casa atrozmente fea, pero que no carecía de cierta sencillez de detalles. Apoyada en la casa vecina de modo que presentaba su fachada al patio, no tenía en cada piso más que una ventana á la calle. El patio, cercado por dos muros adornados de rosales y de alaternos, tenía en el fondo, enfrente de la casa, un tinglado soportado por arcadas de ladrillos. Una puertecita de dos hojas daba entrada á aquella casa sobria ya por sí y sombreada además por un gran nogal plantado en medio del patio. En el piso bajo, adonde se subía por una escalinata de doble entrada y con barandillas de hierro labrado, pero comido por el óxido, se hallaba un comedor y del otro lado la cocina. El fondo del corredor que separaba estos dos cuartos estaba ocupado por una escalera de madera. El primer piso no se componía más que de dos piezas, una de las cuales servía de despacho al magistrado y la otra de dormitorio. El segundo piso abuhardillado contenía también dos cuartos, uno para la cocinera y el otro para la camarera que se cuidaba de los niños. Ninguna pieza tenía cielo raso y todas dejaban ver esas vigas blanqueadas con cal con los entredoses rellenos de yeso. Los dos cuartos del primer piso y la sala de abajo tenían esos artesonados en que han ejercido su paciencia los carpinteros del siglo pasado. Aquellas maderas pintadas de gris tenían aspecto triste. El despacho del juez era como el de un abogado de provincias: una gran mesa despacho, un sofá de caoba, la biblioteca del estudiante de derecho y los mezquinos muebles llevados de París. El cuarto de la señora era indígena: tenía adornos azules y blancos, una alfombra,

uno de esos mobiliarios heteróclitos que parecían de moda y que son sencillamente muebles cuyas formas no han sido adoptadas en París. Respecto á la sala del piso bajo, era lo que es una sala en provincias, desnuda, fría y con papeles húmedos y pasados.

En aquel mezquino cuarto, sin más vista que la de aquel nogal, los muros con obscuro follaje y la calle desierta, era donde pasaba sus días una mujer bastante viva y ligera, acostumbrada á los placeres y al movimiento de París y sola la mayor parte del tiempo, y donde recibía aburridas visitas que le hacían preferir su soledad á la charla estúpida en que el menor rasgo de ingenio á que se entregaba daba lugar á interminables comentarios y agriaba su situación. Ocupada en sus hijos, más que por gusto por ocupar su vida casi solitaria, no podía ejercer su pensamiento más que en las intrigas que se desarrollaban en torno de ella, en los procedimientos de los provincianos y en sus ambiciones encerradas en estrechos círculos; así es que penetraba en seguida misterios en los que su marido no pensaba. Su cobertizo lleno de madera, en donde su camarera hacía enjabonadas, no era lo que atraía su mirada cuando sentada en la ventana de su cuarto tenía en la mano algún bordado interrumpido: contemplaba París, en donde todo es placer, donde todo está lleno de vida y soñaba con sus fiestas y lloraba al verse en aquella fría prisión de provincias. Se desolaba al verse en un país apacible, donde nunca ocurren conspiraciones ni grandes sucesos. Se veía para mucho tiempo bajo la sombra de aquel nogal.

La señora Camusot es una mujercita gorda, fresca, rubia, de frente muy sombreada, boca hundida, barba saliente y facciones soportables á causa de la poca edad, pero que deben darle muy pronto aire de vieja. Sus ojos vivos é inteligentes, que expresan con sobrada claridad un inocente deseo de medrar y la envidia que le causa su inferioridad presente, iluminan como dos luces su cara común. Usaba entonces mucha industria en su tocado é inventaba guarniciones y se las bordaba; meditaba su indumentaria con su camarera, que había venido con ella de París, y mantenía de este modo la reputación de los parisienses en provincias. Su causticidad la hacía temible, y no era amada. Con ese espíritu fino é investigador que caracteriza á las mujeres ociosas, obligadas á emplear el día en algo, había acabado por descubrir las opi-

niones secretas del presidente; así es que hacía algún tiempo que aconsejaba á Camusot que le declarase la guerra. El asunto del joven conde era una excelente ocasión. Antes de ir á la reunión del señor Croisier, no le costó gran trabajo á ella demostrar á su marido que en aquel asunto el primer substituto iba contra las intenciones de sus jefes. ¿No estaba reducido el papel de Camusot á formarse un estribo con este proceso criminal favoreciendo á la casa Esgrignon, que era mucho más poderosa que el partido de Croisier?

—Sauvager no se casará nunca con la señorita Duval hasta que se la hayan enseñado en perspectiva, y será víctima de los Maquiavelos del Val-Noble, por los cuales va á sacrificar su posición. Camusot, este asunto tan desgraciado para los Esgrignon y tan pérfidamente preparado por el presidente en provecho de Croisier, sólo será favorable para ti—le había dicho cuando volvían á casa.

Esta astuta parisiense había adivinado asimismo las maniobras secretas del presidente con Blandureau y los motivos que tenía para desvirtuar los esfuerzos del anciano Blondet; pero no veía ningún provecho en instruir al hijo ó al padre acerca del peligro de su situación; y gozaba con aquella comedia comenzada, sin sospechar siquiera la importancia que podía tener el secreto sorprendido por ella de la demanda hecha á los Blandureau por el sucesor de Chesnel en favor de Fabián de Ronceret. En el caso de que la posición de su marido fuese amenazada por el presidente, la señora Camusot sabía que podía amenazar á su vez al presidente llamando la atención del horticultor acerca del rapto proyectado de la flor que él quería trasladar á su casa.

Sin comprender, como la señora Camusot, los medios de que se habían valido Croisier y el presidente para atraerse al substituto, Chesnel, examinando estas diversas existencias y estos intereses agrupados en torno del tribunal, contó con el procurador del rey, con Camusot y con el señor Michú. Dos jueces por parte de los Esgrignon lo paralizaban todo. Además, el notario conocía demasiado bien los deseos del anciano Blondet para no saber que si su imparcialidad podía vacilar sería por el afán de toda su vida, por el nombramiento de su hijo para la plaza de juez suplente. Así es, que Chesnel durmióse lleno de esperanza prometiéndose ir á ver al señor Blondet, para ofrecerse á realizar las aspiraciones que acariciaba hacía ya tanto tiempo é instruirle acerca de las

perfidias del presidente Ronceret. Después de haberse conquistado las simpatías del anciano juez, iría á hablar con el juez de instrucción, al cual esperaba poder probarle, sino la inocencia, por lo menos la imprudencia de Victoriano y reducir la cuestión á una sencilla locura de joven. Chesnel no durmió tranquilo mucho tiempo, porque antes de amanecer su ama de llaves le despertó para presentarle al personaje más seductor de esta historia, al joven más adorable del mundo, á la señora duquesa de Maufrigneuse, que llegaba sola en una calesa y vestida de hombre.

—Vengo para salvarle ó para perecer con él—le dijo al notario, que creía soñar.—Tengo cien mil francos que el rey me ha dado de su bolsillo particular para comprar la inocencia de Victoriano, si es que su adversario es corruptible. Si fracasamos, traigo veneno para sustraerle á todo, hasta á la acusación. Pero no fracasaremos. El fiscal del rey, que sabe ya por mí lo que pasa, me sigue, y no ha venido conmigo porque ha querido traer recomendaciones del ministro de Justicia.

Chesnel se envolvió en su bata y cayó á los pies de la duquesa, besándose los, aunque no sin pedirle perdón por el olvido que la alegría le hacía cometer.

—¡Estamos salvados!—gritaba dando órdenes á Brígida para que preparase lo que la duquesa pudiese necesitar después de haber pasado la noche de viaje.

Después pidió un nuevo sacrificio á la hermosa Diana, demostrándole la necesidad de ir á casa del juez de instrucción al amanecer, á fin de que nadie estuviese en el secreto de aquel paso ni pudiese presumir la llegada de la duquesa de Maufrigneuse.

—¿No traigo acaso un pasaporte en regla?—dijo la joven enseñándole una hoja en la que pasaba por el señor vizconde Félix de Vandenesse, relator del consejo de Estado y secretario particular del rey.—¿No sé desempeñar bien mi papel de hombre?—repuso echándose hacia arriba el pelo de su peluca á lo Tito y agitando su látigo.

—¡Ah! señora duquesa, es usted un ángel!—exclamó Chesnel llorando. (Ella debía ser siempre un ángel, hasta vestida de hombre).—Abróchese la levita, embócese hasta la nariz con la capa, tome mi brazo y corramos á casa de Camusot antes de que nadie pueda encontrarnos.

—¿Veré, pues, á un hombre que se llama Camusot?—dijo ella.

—Y que es chato por añadidura—respondió Chesnel.

Aunque tuviese la muerte en el corazón, el anciano notario juzgaba necesario obedecer á todos los caprichos de la duquesa, de reír cuando ella riese, de llorar con ella; pero lamentó la ligereza de una mujer que, al mismo tiempo que cumplía una gran obra, encontraba en ella materia de risa. ¡Qué no hubiese hecho él por salvar al joven! Mientras Chesnel se vestía, la duquesa de Maufrigneuse tomó la taza de café con crema que Brígida le sirvió, y convino en la superioridad de las cocineras de provincias sobre las cocineras de París, que despreciaban estos detalles tan importantes para los golosos. Gracias á estas previsiones que exigía la afición de su amo á la buena comida, Brígida pudo ofrecer á la duquesa un excelente refrigerio. Chesnel y su gentil compañero se dirigieron á la casa de los señores Camusot.

—¡Ah! si hay un señora Camusot—dijo la duquesa,—el asunto podrá arreglarse.

—Tanto más—le respondió Chesnel—cuanto que es evidente que la señora se aburre de estar entre nosotros los provincianos, porque es de París.

—Así pues, no debemos tener ningún secreto para ella.

—Usted decidirá lo que será preciso callar ó decir—dijo humildemente Chesnel.—Creo que se mostrará orgullosa de dar hospitalidad á la duquesa de Maufrigneuse. Para no comprometer nada, será necesario que permanezca usted en su casa hasta la noche, á menos que no vea en ello inconveniente.

—¿Es buena la señora Camusot?—preguntó la duquesa con aire fatuo.

—Es algo despótica en su casa—respondió el notario.

—Entonces debe mezclarse en los asuntos de la audiencia—repuso la duquesa.—Sólo en Francia, querido señor Chesnel, se ven mujeres que no sólo se casan con sus maridos, sino que lo hacen también con sus funciones, el comercio ó los trabajos. En Italia, en Inglaterra y en España las mujeres tienen á gala el dejar que sus maridos breguen en sus negocios, y ponen en ignorarlos la misma perseverancia que despliega la mujer francesa para estar al tanto de los negocios de la comunidad. ¿No es así como llama usted á esto judicialmente? Celosas hasta lo increíble en materia de política conyugal, las francesas quieren saberlo todo. Así, en las menores dificultades de la vida, sienten ustedes la mano de la mujer que

aconseja, guía é ilumina á su esposo. Y en verdad que les va bien con ello á la mayor parte de los hombres. En Inglaterra un hombre casado podría estar encarcelado veinticuatro horas por deudas, y su mujer, á su vuelta, le reñiría por celos.

—Hemos llegado sin encontrar á nadie—dijo Chesnel.—Señora duquesa, tiene usted que ejercer tanto más imperio aquí, cuanto que el padre de la señora Camusot es un ujier del gabinete del rey, llamado Thirion.

—¡Y el rey no ha pensado en ello! No piensa en nada—exclamó ella.—¡Thirion nos ha introducido al príncipe de Cadiñán, al señor de Vandenesse y á mí! Somos los dueños aquí. Combinelo usted bien todo con el señor Camusot, mientras yo voy á hablar con su mujer.

La camarera, que lavaba, arreglaba y vestía á los dos niños, introdujo á los dos extraños en la salita sin fuego.

—Lleve usted esta tarjeta á su señora—dijo la duquesa al oído á la camarera,—y no se la entregue más que á ella misma. Si es usted discreta, se le recompensará, pequeña.

La camarera permaneció como herida por un rayo al oír aquella voz de mujer y al ver aquella deliciosa cara de joven.

—Despierte usted al señor Camusot—le dijo Chesnel,—y dígame que le espero para un asunto importante.

La camarera subió. Algunos instantes después, la señora Camusot se precipitó escaleras abajo é introdujo al hermoso extranjero, después de haber empujado á Camusot, que estaba en camisa, hacia su gabinete con todas sus ropas, ordenándole que se vistiese y que la esperase allí. Este golpe teatral fué causado por la tarjeta, donde estaba grabado lo siguiente: LA SEÑORA DUQUESA DE MAUFRIGNEUSE. La hija del ujier del gabinete del rey lo había comprendido todo.

—Y bien, señor Chesnel, ¿no dirían que acaba de caer un rayo aquí?—exclamó la camarera en voz baja.—El señor se está vistiendo en su gabinete, puede usted subir á él.

—Ni una palabra respecto de esto—le respondió el notario.

Chesnel, al verse apoyado por una gran dama que tenía el asentimiento del rey respecto á las medidas que habían de tomarse para salvar al conde de Esgrignon, tomó un aire de autoridad que le sirvió, para con Camusot, mucho más que el aire humilde con el cual le hubiese hablado, si hubiese estado solo y sin ayudas.

—Señor—le dijo,—habrán podido asombrarle mis pala-

bras de ayer, pero son serias. La casa de Esgrignon cuenta con usted para instruir bien una causa de la que debe salir sin tacha.

—Señor—respondió el juez,—no censuraré lo que hay de ofensivo para mí y de atentatorio para la justicia en las palabras de usted, pues, hasta cierto punto, su posición en la casa de Esgrignon le excusa; pero...

—Señor, dispéñeme si le interrumpo—dijo Chesnel.—Vengo á decirle á usted cosas que sus superiores de usted piensan y no se atreven á confesar, pero que las personas inteligentes adivinan, y usted es una de éstas. Suponiendo que el joven haya obrado imprudentemente, ¿cree usted que al rey, á la corte y al ministerio les gustaría ver un nombre como el de los Esgrignon llevado á la audiencia? ¿Interesa al reinado y al país que las casas históricas caigan? La igualdad, que es hoy día la gran palabra de la oposición, ¿no encuentra una garantía en la existencia de una alta aristocracia consagrada por el tiempo? Pues bien, no solamente no ha habido la menor imprudencia, sino que somos unos inocentes caídos en un lazo.

—Tengo curiosidad por saber cómo—dijo el juez.

—Señor—respondió Chesnel,—durante dos años, el señor Croisier ha prestado frecuentemente fuertes sumas al señor conde de Esgrignon. Tenemos letras de cambio por valor de más de cien mil escudos, constantemente pagadas por él, y cuyas sumas han sido remitidas por mí... ¡fíjese usted bien en esto!... ya antes, ya después del vencimiento. El señor conde de Esgrignon está dispuesto á presentar un recibo de la suma girada por él, anterior al efecto de la falsificación; ¿no reconocerá usted, pues, en la demanda una obra de odio y de partido? ¿no es una odiosa calumnia esta acusación hecha por los adversarios más peligrosos del trono y del altar contra el heredero de una antigua familia? Tanta falsificación hay en este asunto como las que se han hecho en mi estudio. Llame usted á la señora Croisier, que ignora aún la demanda de falsificación, y verá como le declarará que yo le llevé los fondos y que ella los ha guardado para remitírselos á su marido ausente que no se los reclama. Interrogue usted á Croisier respecto á este punto: le dirá á usted que ignora mi entrega á la señora de Croisier.

—Señor—respondió el juez de instrucción,—podrá usted exponer semejantes asertos en el salón del señor Esgrignon.

ó en casa de las personas que no saben nada de negocios, que le darán fe; pero un juez de instrucción, á menos de ser un imbécil, no creerá que una mujer tan sumisa á su marido como lo es la señora de Croisier, conserve en este momento en su secreter cien mil escudos sin decir palabra á su marido, ni que un viejo notario haya dejado de instruir al señor Croisier de esta entrega á su vuelta á la villa.

—El viejo notario había ido á París, señor, para detener el curso de las disipaciones del joven.

—Aun no he interrogado al conde de Esgrignon—repuso el juez,—y sus respuestas aclararán mis dudas.

—¿Está en el secreto?—preguntó el notario.

—Sí,—respondió el juez.

—Señor—exclamó Chesnel, que vió el peligro,—la instrucción puede ser llevada en pro ó contra nosotros; pero escogerá usted entre hacer constar, según la declaración de la señora Croisier, la entrega de valores anteriormente al efecto, ó interrogar á un pobre joven acusado que en medio de su turbación puede no acordarse de nada y comprometerse; usted verá qué es lo más creíble, si el olvido de una mujer ignorante en negocios ó una falsificación cometida por un Esgrignon.

—No se trata aquí de esto—repuso el juez.—Lo que aquí se quiere saber, es si el señor de Esgrignon ha convertido la firma de una carta que le dirigió Croisier en una letra de cambio.

—¡Y podía hacerlo!—exclamó de pronto la señora Camusot, que entró seguida de su hermoso desconocido.—Porque el señor de Chesnel le había remitido fondos...

Dicho esto se inclinó á su oído y le dijo:

—Serás juez suplente en París en la primera vacante, sirves al rey mismo en este asunto y tengo la seguridad de que no te olvidarán. Ese joven que ves ahí es la duquesa de Maufrigneuse; procura no decir nunca que le has visto y haz por el joven conde todo lo que puedas.

—Señores—dijo el juez,—aunque yo quiera informar en sentido favorable, no sé lo que resultará del fallo, y el señor Chesnel y tú, querida mía, ya conocéis la actitud del señor presidente.

—¡Ta, ta, ta!—dijo la señora Camusot.—Vete á ver mañana al señor Michú, comunícale tu decisión, y seréis dos contra dos, yo te respondo de ello. Michú es de París, y ya

conoces su adhesión á la nobleza. De buena raza viene el galgo.

En este momento se presentó la señorita Cadot, diciendo que habían traído una carta urgente.

El juez salió, y entró leyendo estas palabras:

«El señor vicepresidente del tribunal ruega al señor Camusot que tome asiento en la audiencia durante este día y los siguientes, para que el tribunal esté completo durante la ausencia del presidente. Le saluda afectuosamente.»

—¡Cómo! ¿ya no quieren que instruyas el asunto Esgrignon?—exclamó la señora Camusot.—¿No te había dicho yo, amigo mío, que te harían alguna jugarreta? El presidente ha ido á hablar mal de ti al fiscal general y al presidente del Supremo, y antes de que puedas instruir este proceso serás trasladado; ¿te convences ahora?

—No tenga usted cuidado, señor, que usted se quedará, pues confío en que el fiscal del rey llegará á tiempo.

—Cuando el fiscal del rey llegue, ya estará todo hecho—dijo con entusiasmo la señora Camusot.—Sí, querido mío, sí—dijo mirando á su marido estupefacto.—¡Ah! ¡viejo hipócrita de presidente. ¡Estás jugando con nosotros, pero te acordarás, te lo jura Cecilia Amelia Thirion! ¡Pobre hombre Blondet! se alegra de que el presidente esté de viaje para destituirnos, y su gran bobalicón de hijo se casará con la señorita Blandureau. Voy á devolverle la noticia al pobre Blondet, y tú, Camusot, vete á casa del señor Michú, mientras que la señora duquesa y yo vamos á ver al anciano Blondet. No te asombre el que toda la villa diga esta mañana que yo me he ido de paseo con un amante.

La señora Camusot dió el brazo á la duquesa y la llevó por los lugares más desiertos de la villa á fin de llegar sin ningún mal encuentro á la puerta del anciano juez. Entre tanto, Chesnel se fué á conferenciar con el joven conde á la cárcel, donde Camusot le hizo introducir en secreto. Las cocineras, los criados y las gentes que se levantan temprano en provincias y que vieron á la señora Camusot y á la duquesa por los caminos extraviados de la villa, tomaron al joven por un amante llegado de París, y como Cecilia Amelia había previsto, por la noche circulaba la noticia de su disolución y era origen de acerbos críticas. La señora Camusot

y su pretendido amante encontraron en su invernáculo al anciano Blondet, el cual saludó á la mujer de su colega y á su compañero, dirigiendo á este encantador joven una mirada inquieta y curiosa.

—Tengo el honor de presentarle á usted á un primo de mi marido, á uno de los horticultores más distinguidos de París, que vuelve de Bretaña y no puede pasar más que el día de hoy con nosotros—dijo la señora Camusot al señor Blondet presentándole á la duquesa.—El señor ha oído hablar de sus flores y de sus arbustos, y yo me he tomado la libertad de venir á una hora tan intempestiva.

—¡Ah! ¿el señor es horticultor?—dijo el anciano juez.

La duquesa se inclinó sin hablar.

—He aquí mi cafeto y mi árbol de té—dijo el juez.

—¿Por qué se ha marchado el señor presidente?—dijo Cecilia Amelia.—Apuesto á que su ausencia está relacionada con algo del señor Camusot.

—Precisamente. Caballero, aquí tiene usted el cacto más original que existe, oriundo de Nueva Holanda—dijo el señor Blondet enseñando en un tiesto una planta que parecía un roten cubierto de lepra.—Caballero, es usted muy joven para ser horticultor.

—Deje usted sus flores, querido señor Blondet—dijo la señora Camusot.—Aquí se trata de usted, de sus esperanzas y del matrimonio de su hijo con la señorita Blandureau. El señor presidente le engaña á usted como á un chino.

—¡Bah!—dijo el juez con aire incrédulo.

—Sí—repuso ella;—si cultivase usted un poco más el mundo y un poco menos las flores, sabría qué las esperanzas que usted ha plantado, regado y cuidado, están á punto de ser cogidas por manos astutas.

—¡Señora!...

—¡Ah! nadie en la villa tiene valor para romper con el presidente haciéndole á usted esta advertencia. Pero yo, que no soy de la villa, y que, gracias á este joven, iré muy pronto á París, le comunico que el sucesor de Chesnel ha pedido formalmente la mano de Clara Blandureau para el pequeño Ronceret, cuyos padres le dotan con cincuenta mil escudos. Respecto á Feliciano, promete licenciarse de abogado para ser nombrado juez.

El anciano juez dejó caer el tiesto que tenía en la mano para enseñárselo á la duquesa.

—¡Ah! ¡mi cacto! ¡Ah! ¡mi hijo! ¿La señorita Blandureau? ¡Toma! ¿se ha roto la flor del cacto?

—No, todo puede arreglarse—le dijo la señora Camusot riendo.—Y si quiere usted ver juez á su hijo antes de un mes, haga usted lo que nosotros vamos á decirle.

—Señor, venga usted conmigo, verá usted mis pelargoniums, un espectáculo mágico en la eflorescencia. ¿Por qué me habla usted de estos asuntos delante de su primo?—le dijo á la señora Camusot.

—Todo depende de él—le respondió la señora Camusot.

—El nombramiento de su hijo está perdido para siempre si dice usted una palabra de este joven.

—¡Bah!

—Este joven es una flor.

—¡Ah!

—Es la duquesa de Maufrigneuse, enviada por el rey para salvar al joven Esgrignon, detenido ayer á causa de una denuncia de falsificación presentada contra él por Croisier. La señora duquesa dispone de toda la confianza del ministro y ratificará las promesas que os haga.

—¡Mi cacto está salvado!—dijo el juez, que examinaba su preciosa planta.—Siga usted, ya escucho.

—Póngase usted de acuerdo con Camusot y con Michú para arreglar este asunto, y su hijo será nombrado y su nombramiento llegará bastante á tiempo para destruir los trabajos de zapa que los Ronceret hacen para alzar con la Blandureau. Su hijo será algo más que juez suplente y antes de terminar el año se verá nombrado sucesor de Camusot. Hoy llega el fiscal del rey, y el señor Sauvager se verá sin duda obligado á presentar su dimisión á causa de su conducta en este negocio. Mi marido le enseñará á usted en la audiencia los documentos que prueban que el conde es inocente y que la falsificación es una asechanza tendida por Croisier.

El anciano juez entró en el círculo olímpico de sus mil pelargoniums y saludó á la duquesa diciéndole:

—Señor, si lo que usted desea es legal, se procurará complacerle.

—Caballero—respondió la duquesa,—presente usted mañana su dimisión al señor Chesnel y yo le prometo que esta misma semana recibirá usted el nombramiento de su hijo; pero no la presente usted hasta que el señor fiscal

haya confirmado mis palabras. Ustedes los curiales se entienden mejor entre sí. Hágale saber únicamente que la duquesa de Maufrigneuse le ha dado á usted su palabra, y no diga nada respecto de mi viaje aquí.

El anciano juez le besó la mano y se puso á coger sin piedad las flores más hermosas para ofrecérselas.

—¿Qué hace usted? Déselas á la señora—le dijo la duquesa,—pues no parece natural ver llevar flores á un joven que da el brazo á una mujer bonita.

—Antes de ir á la audiencia—le dijo la señora Camusot,—vaya usted á casa del sucesor de Chesnel á informarse de las proposiciones hechas por él en nombre de los señores Ronceret.

El viejo juez, asombrado de la doblez del presidente, quedó plantado sobre sus piernas junto á la reja de su casa contemplando á las dos mujeres, que se fueron por caminos extraviados. El buen hombre veía que se desplomaba el edificio tan penosamente edificado durante diez años para su hijo. ¿Era aquello posible? Sospechó algún lazo y corrió á casa del sucesor de Chesnel. A las nueve y media, antes de la audiencia, el vicepresidente Blondet, el juez Camusot y Michú se hallaron con extraordinaria puntualidad en el cuarto del consejo, cuya puerta fué cerrada con cuidado por el viejo juez al ver entrar á Camusot y á Michú, que llegaron juntos.

—Bien, señor vicepresidente—dijo Michú;—el señor Sauvager ha dictado orden de prisión contra un conde de Esgrignon sin consultar al fiscal de Su Majestad y con el solo objeto de servir la pasión de un Croisier, de un enemigo declarado del gobierno del rey, y esto es un verdadero desbarajuste. El presidente, por su parte, mantiene en secreto la instrucción de este sumario sin que nosotros sepamos nada. ¿Es que se trata acaso de torcer nuestras iniciativas?

—Esta es la primera palabra que oigo de ese asunto—dijo Blondet, furioso del paso dado por el presidente acerca de los Blandureau.

El sucesor de Chesnel, que era partidario de Ronceret, acababa de ser víctima de una astucia inventada por el viejo juez para saber la verdad, y había confesado el secreto.

—Afortunadamente, nosotros le hablamos ahora de él, mi querido maestro—dijo Camusot á Blondet,—y de no ser así,

ya podía usted renunciar á ver á su hijo en la audiencia y á casarle con la señorita Blandureau.

—No se trata de mi hijo ni de su matrimonio—dijo el juez,—se trata del joven conde de Esgrignon. ¿Es ó no culpable?

—Al parecer—dijo Michú,—los fondos habían sido entregados á la señora Croisier por Chesnel, y se ha tratado de convertir en crimen lo que es una sencilla irregularidad. Según la querella presentada, el joven ha tomado la parte inferior de una carta en que había la firma de Croisier para convertirla en una letra contra los Keller.

—Una imprudencia—dijo Camusot.

—Pero si Croisier ha recibido la suma, ¿por qué se querrela?—dijo Blondet.

—Es que él no sabe aún que la suma le ha sido entregada á su mujer, ó al menos finge no saberlo—dijo Camusot.

—Venganza de provinciano—dijo Michú.

—Sin embargo, eso tiene aspecto de ser una falsificación—dijo el anciano Blondet, al que ninguna pasión era capaz de oscurecer la claridad de su conciencia judicial.

—¿Cree usted?—dijo Camusot.—Pero, en primer lugar, aun suponiendo que el joven conde no tuviese derecho á girar contra Croisier, como no hay imitación de firma... Por otra parte, él se creyó en el derecho de girar apoyado en el aviso que le dió Chesnel de haber entregado una cantidad para él.

—Bueno, ¿y dónde ven ustedes la falsificación?—dijo el viejo juez.—La esencia de la falsificación en materia civil está en hacer ó no un daño al prójimo.

—¡Ah! es claro que teniendo por cierta la versión de Croisier, la firma ha sido aprovechada á fin de percibir la suma, á pesar de la orden dada por Croisier á sus banqueros—dijo Camusot.

—Esto, señores—dijo Blondet,—me parece una miseria. Usted tenía la suma, yo tenía que esperar tal vez un título de usted; pero yo, conde de Esgrignon, al verme en una necesidad urgente, he... Vamos, esa querella es pasión pura, venganza. Para que haya falsificación, el legislador ha exigido intención de sustraer una suma, de lograr un beneficio al que no se tiene derecho. Ateniéndose, pues, á la ley romana y al espíritu de la jurisprudencia actual, no ha habido falsificación, pues aquí no se trata de escritura pública ó auténtica. En materia privada, la falsificación implica una

intención de robar; pero aquí, ¿dónde está el robo? ¿En qué tiempos vivimos, señores? El presidente nos deja para dar largas á una instrucción que debía ya de estar terminada. Hasta hoy no he acabado de conocer al señor presidente; pero le haré pagar mi error, y en lo sucesivo se minutará él mismo sus sentencias. Señor Camusot, debe usted emplear en todo esto la mayor celeridad.

—Sí—dijo Michú,—mi opinión es que en lugar de ponerle en libertad provisionalmente por medio de fianza, veamos el medio de sacarle inmediatamente. Todo depende de las preguntas que se hagan á Croisier y á su mujer. Señor Camusot, usted puede citarles y recibir sus declaraciones antes de las cuatro, y si para mañana hace el informe, lo juzgaremos mañana mismo, antes de la hora de la audiencia.

—Mientras que los abogados informan, convendremos la marcha que hay que seguir—dijo Blondet á Camusot.

Los tres jueces entraron en sesión después de haberse puesto sus togas.

A las doce del día, monseñor el arzobispo y la señorita Armanda habían llegado al hotel de Esgrignon, donde se hallaban ya Chesnel y el señor Couturier. Después de una conferencia bastante corta entre el director de la señora Croisier y el prelado, el cura se fué á casa de su penitente.

A las once de la mañana, Croisier recibió una citación para comparecer en el despacho del juez entre una y dos, citación á la que acudió lleno de legítimas sospechas. El presidente, incapaz de prever la llegada de la duquesa de Maufrigneuse, la del fiscal de Su Majestad, ni la confederación súbita de los tres jueces, se había olvidado de trazarle á Croisier un plan de conducta para el caso de que comenzase la instrucción del proceso. Ni uno ni otro creyeron que iría la cosa con tanta celeridad. Croisier se apresuró á obedecer á la citación con objeto de conocer la actitud del señor Camusot, el cual le dirigió las seis preguntas siguientes: —¿El efecto tildado de falsificación, no llevaba una firma verdadera? —¿Antes de presentar este efecto, no había usted tenido negocios con el señor de Esgrignon? —¿No había girado el señor conde de Esgrignon letras de cambio contra usted, con ó sin curso? —¿No había escrito una carta en la que autorizaba al señor de Esgrignon para girar contra usted? —¿No había saldado Chesnel varias veces sus cuentas? —¿No había estado ausente en aquella época?

Estas preguntas fueron contestadas afirmativamente por Croisier. A pesar de las verbosas explicaciones de Croisier, el juez llevaba siempre al banquero á la alternativa del sí ó del no. Cuando las preguntas y las respuestas fueron consignadas en el proceso, el juez terminó con esta anonadadora interrogación: —¿Sabía Croisier que el dinero del efecto tildado de falsificación estaba depositado en su casa, según declaración de Chesnel y una carta de aviso de dicho Chesnel al señor de Esgrignon, cinco días antes de la fecha del efecto?

Esta última pregunta asustó á Croisier, el cual preguntó lo que significaba semejante interrogatorio, y si era él el culpable y el conde de Esgrignon el demandante, advirtiendo, además, que si los fondos estuviesen en su casa, él no hubiera presentado la querella.

—La justicia procura instruirse—dijo el juez despidiéndole, aunque no sin haber hecho constar esta última declaración de Croisier.

—Pero, señor mío, los fondos...

—Los fondos están en su casa—dijo el juez.

Chesnel, citado también, compareció para explicar el asunto. La veracidad de sus asertos fué corroborada por la declaración de la señora Croisier. El juez había interrogado ya al conde de Esgrignon, el cual, instruido por Chesnel, presentó la primera carta en la cual le decía que girase contra él sin necesidad de hacerle la ofensa de depositar los fondos de antemano. Además, presentó una carta escrita por Chesnel, en la que el notario le advertía que había hecho entrega de los cien mil escudos en casa de Croisier. Con semejantes elementos, la inocencia del joven conde debía triunfar ante el tribunal. Cuando Croisier volvió de la audiencia á su casa, su rostro estaba lívido de cólera, y en sus labios aparecía la ligera espuma de una rabia concentrada. Encontró á su mujer en el salón sentada junto á la chimenea y bordándole unas zapatillas. La pobre mujer tembló al fijar los ojos en su marido, pero había tomado ya su determinación.

—Señora—exclamó Croisier tartamudeando,—¿qué declaración ha prestado usted ante el juez? ¡Usted me ha deshonrado, me ha perdido, me ha traicionado!

—Señor, yo le he salvado—respondió ella.—Si tiene usted el honor de aliarse algún día con los Esgrignon mediante

el matrimonio de su sobrina con el joven conde, lo deberá usted á mi conducta de hoy.

—¡Milagro, la burra de Balaam ha hablado! Ya no me asombraré de nada. ¿Y dónde están los cien mil escudos que el señor Camusot dice que obran en poder de usted?

—Aquí los tiene usted—respondió sacando el fajo de billetes de banco de debajo el cojín de su poltrona.—Y no he cometido pecado mortal declarando que el señor Chesnel me los había entregado.

—¿En ausencia mía?

—Sí, puesto que usted no estaba aquí.

—¿Me lo jura usted por su salvación eterna?

—Lo juro—dijo con voz serena.

—¿Por qué no me ha dicho usted nada?—preguntó.

—En eso es en lo que hice mal—respondió su mujer,—pero mi falta redundará en beneficio nuestro. Su sobrina será algún día marquesa de Esgrignon y tal vez será usted diputado, si sabe obrar bien en este deplorable asunto. Ha ido usted demasiado lejos; sepa usted al menos detenerse.

Croisier se paseó por el salón movido por horrible agitación y su mujer esperó igualmente agitada el resultado de aquel paseo. Por fin, Croisier llamó.

—No recibiré á nadie esta noche, y cierre usted, por lo tanto, la puerta grande—le dijo á su ayuda de cámara.—A todos los que vengan, les dirá usted que la señora y yo estamos en el campo. Comeremos media hora antes que de costumbre, y nos iremos inmediatamente después de comer.

Durante la noche todos los salones, los pequeños tenderos, los pobres, los mendigos, la nobleza, el comercio, toda la villa, en fin, hablaba de la gran noticia: el arresto del conde de Esgrignon, acusado de haber hecho una falsificación. El conde de Esgrignon estaba acusado y sería tal vez condenado. La mayor parte de las personas que sentían afecto por los Esgrignon, negaban el hecho.

Cuando fué de noche, Chesnel acudió á casa de la señora Camusot para buscar al joven desconocido á fin de conducirlo al palacio de Esgrignon, donde la señorita Armanda le esperaba. La pobre muchacha llevó á su cuarto á la hermosa Maufrigneuse, cediéndole su habitación. Monseñor el obispo ocupaba la de Victoriano.

Cuando la noble Armanda se vió sola con la duquesa, le dirigió la más deplorable mirada y le dijo:

—Señora, debía usted verdaderamente su auxilio al pobre muchacho que se perdió por usted, un muchacho por quien todo el mundo se sacrifica aquí.

La duquesa había dirigido ya su mirada de mujer al cuarto de la señorita de Esgrignon y había visto en él la imagen de la vida de aquella sublime muchacha: al ver aquella pieza desnuda, fría y sin lujo, hubieseis creído que era la pieza de una religiosa. La duquesa, conmovida al contemplar el pasado, el presente y el porvenir de aquella existencia, y al reconocer el contraste inaudito que producía allí su presencia, no pudo contener las lágrimas.

—¡Oh! he hecho mal, perdóneme usted, señora duquesa—repuso la cristiana olvidando que era tía de Victoriano.—Usted ignoraba nuestra miseria y mi sobrino era incapaz de confesársela. Por lo demás, viéndola á usted se concibe todo, hasta el crimen.

La señorita Armanda, seca, delgada y pálida, pero hermosa como una de esas figuras que sólo han sabido hacer los pintores alemanes, lloró también.

—Tranquílcese usted, ángel querido—dijo por fin la duquesa;—está salvado.

—Sí, pero ¿y el honor? ¿y su porvenir? Chesnel me lo ha dicho: el rey sabe la verdad.

—Ya pensaremos en reparar el mal—dijo la duquesa.

La señorita Armanda bajó al salón y encontró completo el Gabinete de los Antiguos. Tanto para agasajar á Monseñor, como para rodear al marqués de Esgrignon, todos los asíduos habían ido. Chesnel, apostado en la antesala, recomendaba á cuantos iban llegando el mayor silencio acerca del asunto, á fin de que el venerable marqués no supiese nunca nada. El leal franco era capaz de matar á su hijo ó á Croisier; en aquella circunstancia le hubiera sido necesario un criminal de una parte ó de otra. Por una extraña casualidad, el marqués, contento de la ida de su hijo á París, habló de Victoriano más que solía hacerlo de ordinario. La señorita Armanda preparaba el terreno para la pronta aparición de su sobrino, diciendo á su hermano que Victoriano iría sin duda á verles y que debía estar en camino.

—¡Bah!—dijo el marqués de pie ante la chimenea,—si le va bien donde está, debe seguir y no pensar en la alegría que su anciano padre tendría al verle. El servicio del rey ante todo.

La mayor parte de los que oyeron esta frase temblaron, al pensar que un proceso podía acarrear la condena de un Esgrignon. Hubo un momento de espantoso silencio. La anciana marquesa de Casterán no pudo contener una lágrima que rodó sobre su colorete.

Al día siguiente, á las doce, con un tiempo soberbio, toda la población estaba dispersa formando grupos en la calle que atravesaba la villa y no se hablaba más que del gran asunto. ¿Estaba ó no en la cárcel el joven conde? En este momento apareció el conocido tilburi del conde de Esgrignon, bajando de la calle de San Blas, viniendo de la prefectura. Aquel tilburi era guiado por el conde, acompañado de un joven encantador y desconocido. Ambos estaban contentos, alegres y llevaban rosas de Bengala en el ojal. Aquello fué uno de esos golpes de teatro que no es posible describir. A las diez, un juicio de no ha lugar, perfectamente motivado, había devuelto la libertad al joven conde. Croisier quedó bajo el peso de un considerando que reservaba al conde de Esgrignon sus derechos para perseguirle por calumnia. El anciano Chesnel subía como por casualidad por la calle Mayor, y decía á todo el que quería oírle, que Croisier había tendido el más infame de los lazos á la honra de la casa Esgrignon, y que, si no era perseguido como calumniador, debía esta condescendencia á la nobleza de sentimientos que dominaba á los Esgrignon. La noche de aquel famoso día, después de haberse acostado el marqués de Esgrignon, el joven conde, la señorita Armanda y el guapo pajecito que iba á marcharse, se hallaron solos con el Caballero, á quien no se pudo ocultar el sexo de aquel joven encantador y que fué el único en la villa, exceptuados los tres jueces y la señora Camusot, que tuvo conocimiento de la presencia de la duquesa.

—La casa Esgrignon está salvada—dijo Chesnel—pero no se repondrá de este golpe hasta dentro de cien años. Ahora es preciso pagar las deudas, y á usted, señor conde, no le queda más remedio que casarse con alguna rica heredera.

—Y cogerla donde la halle—dijo la duquesa.

—¡Un segundo mal enlace!—exclamó la señorita Armanda.

La duquesa se echó á reír, y sacando del bolsillo de su chaleco un frasquito que le habían dado en la botica de las Tullerías, dijo:

—Vale más casarse que morir.

La señorita Armanda hizo un gesto de espanto, y el anciano Chesnel tomó la mano de la duquesa de Maufrigneuse y se la besó sin permiso.

—Pero ¿están ustedes locos aquí?—repuso la duquesa.—¿Quieren ustedes permanecer en el siglo xv cuando estamos en el xix? Queridos míos, ya no hay nobleza, ya no hay más que aristocracia. El código de Napoleón mató los pergaminos, como el cañón mató el feudalismo. Ustedes serán mucho más nobles de lo que son, cuando tengan dinero. Victoriano, cásele usted con quien quiera, y así ennoblecerá á su mujer, que es el más sólido de los privilegios que le quedan á la nobleza francesa. ¿No se casó el señor de Talleyrand con la señora Grand sin comprometerse? Acuérdense ustedes de Luis XIV, casado con la viuda Scarron.

—No se había casado con ella por dinero—dijo la señorita Armanda.

—Si la condesa de Esgrignon fuese la sobrina de un Croisier, ¿la recibiría usted?—dijo Chesnel.

—Tal vez—respondió la condesa;—pero el rey la vería con placer sin duda alguna. ¿Pero no saben ustedes lo que pasa? Victoriano, que ha estado en París, ya sabe lo que allí ocurre. Nosotros éramos mucho más poderosos cuando Napoleón. Victoriano, cásele usted con la señorita Düval, cásele con quien quiera, que será marquesa de Esgrignon como yo soy duquesa de Maufrigneuse.

—Todo está perdido, hasta el honor—dijo el Caballero haciendo un gesto.

—Adiós, Victoriano—dijo la duquesa besándole en la frente.—Ya no volveremos á vernos. Lo mejor que puede usted hacer es vivir en sus tierras, porque el aire de París no le sienta bien.

—¡Diana!—gritó el joven conde desesperado.

—Caballero, mire usted lo que dice—dijo fríamente la duquesa dejando su papel de hombre y de querida y pasando á ser, no sólo ángel, sino también duquesa, no sólo duquesa, sino la Celimenes de Molière.

La duquesa de Maufrigneuse saludó dignamente á aquellos cuatro personajes y obtuvo del caballero la última lágrima de admiración que éste derramó por el bello sexo.

—¡Cómo se parece á la princesa Goritzza!—exclamó el hidalgo en voz baja.

Diana había desaparecido. El látigo del postillón anunciaba á Victoriano que la hermosa novela de su primera pasión había acabado. En el peligro, Diana había podido ver aún en el joven conde á su amante; pero una vez salvado, la duquesa le despreciaba por su debilidad.

Seis meses después, Camusot fué nombrado juez suplente en París y más tarde juez de instrucción. Michú ascendió á fiscal, y el honrado Blondet ascendió á consejero de la audiencia real, permaneciendo el tiempo necesario para alcanzar el retiro y volvió á habitar su bonita casa. José Blondet obtuvo el puesto de su padre en la audiencia para el resto de sus días, aunque sin ninguna probabilidad de ascenso, y fué el esposo de la señorita Blandureau, que se aburre hoy en aquella casa de ladrillos y de flores como un pájaro viejo en una jaula. Michú y Camusot recibieron la cruz de la Legión de honor, y el anciano Blondet recibió la de Oficial de la Legión de honor. Por lo que atañe al primer sustituto del fiscal, señor Sauvager, fué enviado á Córcega con gran contento de Croisier, el cual, á decir verdad, no deseaba darle la mano de su sobrina.

Croisier, estimulado por el presidente Ronceret, apeló ante el Supremo del fallo de la audiencia y perdió. En todo el departamento, los liberales sostuvieron que el pequeño Esgrignon había cometido una falsificación, y los realistas, por su parte, contaron las horribles tramas que la venganza había hecho urdir al infame Croisier. Entre Croisier y Victoriano hubo un duelo, y el azar de las armas favoreció al antiguo proveedor, el cual hirió gravemente al joven conde y se mantuvo en su aserto. La lucha de los dos partidos se agrió tanto más con este asunto, cuanto que los liberales lo sacaban á relucir á cada paso, y Croisier, rechazado siempre en las elecciones, no veía ninguna probabilidad de casar á su sobrina con el joven conde, sobre todo después del duelo.

Un mes antes de haber sido confirmada la sentencia en el Supremo, Chesnel, aplastado por una lucha horrible en que sus fuerzas morales y físicas quedaron agotadas, murió triunfante como el perro fiel que ha recibido los colmillos del jabalí en el vientre. Murió siendo lo más feliz que podía ser, dejando la casa casi arruinada y al joven conde en la miseria, aburrido y sin ninguna probabilidad de un buen enlace. Este cruel pensamiento, unido á su abatimiento, acabó sin duda con el pobre anciano. En medio de tantas

ruinas y anonadado por tantas penas, recibió un gran consuelo: el anciano marqués le devolvió, á instancias de su hermana, toda su amistad. Este gran personaje se fué á la casita de la calle de Bercaill y se sentó á la cabecera del lecho de su antiguo servidor, cuyos muchos sacrificios ignoraba. Chesnel se irguió en su cama y recitó el cántico de Simeón; el marqués le permitió que fuese enterrado en la capilla del castillo con el cuerpo de través y en lo más bajo del foso, donde debía reposar también aquel casi último Esgrignon.

Así murió uno de los últimos representantes de aquella hermosa y gran servidumbre, palabra ésta que se toma á veces en mal sentido y á la que damos nosotros aquí su significación real, haciéndole expresar la adhesión feudal del servidor al amo. Este sentimiento que no existía ya más que en el interior de las provincias y en ciertas casas solamente, honraba igualmente á la nobleza que inspiraba semejantes afectos y á los plebeyos que los concebían. Esta noble y magnífica adhesión es imposible hoy. Las casas nobles no tienen ya servidores, del mismo modo que no tienen ya Rey de Francia, ni pares hereditarios, ni bienes hijos para perpetuar los esplendores nacionales. Chesnel no sólo era uno de esos grandes hombres desconocidos de la vida privada, sino que era también una gran cosa. ¿No le da la continuidad de sus servicios un no sé qué de grave y de sublime? ¿No excedió él con mucho al heroísmo de la beneficencia, que es siempre un esfuerzo momentáneo? La virtud de Chesnel pertenece esencialmente á las clases colocadas entre las miserias del pueblo y las grandezas aristocráticas y que pueden reunir de este modo las modestas virtudes del plebeyo á los sublimes pensamientos del noble, iluminando unas y otros con una instrucción sólida.

Victoriano, juzgado desfavorablemente en la corte, no podía encontrar allí esposa rica ni empleo, y el rey se negó constantemente á conceder la dignidad de par á los Esgrignon, único favor que podía sacar á Victoriano de la miseria. En vida de su padre, era imposible casar al joven conde con una heredera plebeya, y éste tuvo, por lo tanto, que vivir mezquinamente en la casa paterna con los recuerdos de aquellos dos años de esplendor parisiense y de amor aristocrático. Triste y taciturno, vegetaba entre su padre desesperado, que atribuía á una enfermedad la languidez que veía en su hijo, y su tía, devorada por las penas. Chesnel

no existía ya. El marqués murió en 1830, después de haber visto al rey Carlos X pasando á Nonancourt, á donde este grande Esgrignon fué, seguido de la nobleza válida del Gabinete de los Antiguos, á ofrecerle sus respetos y á unirse al escaso cortejo de la monarquía vencida. ¡Acto de valor que acaso parecerá hoy sencillo, pero que resultaba entonces sublime dado el estado de la Revolución!

¡Los galos triunfan! fué la última palabra del marqués.

La victoria de Croisier resultó entonces completa, pues el nuevo marqués de Esgrignon se casó ocho días después de la muerte de su padre con la señorita Duval, que tenía tres millones de dote, pues Croisier y su mujer le aseguraron su fortuna en el contrato. Durante la ceremonia del casamiento, Croisier dijo que la casa Esgrignon era la más honrada de las casas nobles de Francia.

El marqués de Esgrignon, que ha de reunir algún día cien mil escudos de renta, va todos los inviernos á París, donde hace la vida alegre del soltero, sin preocuparse más de los grandes señores que de su mujer, la cual le tiene completamente sin cuidado.

—Respecto á la señorita Esgrignon—decía Emilio Blondet, personaje á quien debemos algunos detalles de esta aventura,—si no se parece ya á la celestial figura que yo conocí en mi infancia, es indudablemente con sus sesenta y siete años la figura más dolorosa y más interesante del Gabinete de los Antiguos, donde sigue aún reinando. La vi en el último viaje que hice á mi país, para buscar los papeles necesarios para casarme. Cuando mi padre supo con quien me casaba, quedó estupefacto y no recobró la palabra hasta el momento en que yo le dije que era prefecto, para responderme sonriendo: «¡Tú has nacido prefecto!» Dando una vuelta por la villa, encontré á la señorita Armada, la cual se me apareció más grande que nunca, pues creía ver en ella á Mario sobre las ruinas de Cartago. En efecto, ¿no sobrevive á sus religiones y á sus creencias destruidas? La pobre no creía más que en Dios, y triste y muda generalmente, sólo conserva de su antigua belleza unos ojos dotados de un brillo sobrenatural. Cuando la vi yendo á misa con su libro en la mano, no pude menos de pensar que aquella criatura ruega á Dios que la retire de este mundo.

En los Jardies, julio de 1837.

ÍNDICE

	Página
La solterona.	7
El Gabinete de los Antiguos.	127